

# El milenarismo en la historia

**L**os movimientos milenaristas son una constante en la historia de la humanidad, en la cual siempre hay grupos descontentos con la realidad circundante pero que se sienten impotentes para cambiarla con sus propias fuerzas. Los milenaristas miran al cielo para pedir ayuda, mientras se aplican con celo a provocar el cambio social. A las puertas ya del tercer milenio de la era cristiana, el autor de este estudio, recorre la historia de los milenarismos llegando hasta el momento actual en que pululan movimientos religiosos que fácilmente se convierten en caldo de cultivo milenarista.

Juan Manuel Guillem \*

**L**OS milenarismos no han constituido un hecho puntual en la historia de la humanidad ni tampoco pueden entenderse como fruto de las creencias del pasado. En la raíz del milenarismo se encuentra la esperanza y parece imposible afirmar que los hombres han vivido sin ella o que en nuestros días ya se ha perdido.

\* Doctor en Historia. Profesor de Historia de los Movimientos Sociales. Universidad Autónoma. Madrid.

La esperanza milenarista, tolerada en todas las sociedades, desata un conflicto cuando se expresa de forma radical y sólo entonces se rechaza y persigue. El milenarismo como movimiento social pone de manifiesto la máxima intensidad de la esperanza vivida en grupo, pero a la vez supone el fin de la misma porque lo esperado se va a cumplir. Todos los movimientos milenaristas, además del carácter colectivo e inminente, confían en que de una forma milagrosa se transforme totalmente la vida sobre la tierra (1).

El término milenarismo nace de la creencia de que se va a producir un reinado intermedio entre la primera venida de Cristo y la definitiva en la que *el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo* (1 Cor 15, 28).

Este reinado intermedio que se establecería antes de devolverle el reino definitivamente a Dios, momento en el que se producirá la resurrección universal, tendría una duración de mil años. De ahí la utilización del término milenarista o quiliástico, según la raíz latina o griega, para expresar por extensión todos aquellos movimientos religiosos, cristianos o no, que esperan el fin del mundo en un tiempo determinado (2).

### Diferencia entre milenarismos y mesianismos

AUNQUE de forma genérica todos los movimientos que esperan la transformación de la vida terrenal en una fecha determinada se consideran milenarismos, hay una diferencia con los llamados movimientos mesiánicos. Estos últimos se caracterizan por la presencia de un líder, profeta o mesías, que en contacto con la divinidad anuncia a sus seguidores qué es lo que deben hacer en cada momento. Los movimientos estrictamente milenaristas son aquellos en los que no destaca la figura de un único intermediario con las fuerzas sobrenaturales. Es el grupo de fieles el que va decidiendo cuál es la voluntad de

(1) Cohn, Norman (*En pos del Milenio*, Alianza, 1985, p. 15) señala las siguientes características para los movimientos milenaristas: Colectivo, terrenal, inminente, total y milagroso.

(2) El término milenarista, acuñado desde nuestra propia cultura, se hace impreciso. Más universal puede ser el que utiliza como título de su libro Vittorio Lanternari: *Movimientos religiosos de libertad y salvación de los pueblos oprimidos*. Seix Barral, 1965.

éstas y la forma en que van a dar respuesta a sus exigencias. Establecida la diferencia es fácil encontrar muchos más movimientos de carácter mesiánico, sobre todo vinculados a nuestra cultura, que milenaristas, más frecuentes en otros continentes con otro tipo de creencias religiosas.

## La dificultad para predecir el fin del mundo

LOS movimientos que tuvieron su origen en la escatología cristiana encontraron en las Sagradas Escrituras su justificación. El Apocalipsis (20, 5) retoma del mesianismo judío el reinado transitorio de los mil años. Mil años corresponden a un día de Dios (Sal 90, 4) y explica Schillebeeckx (3) que según la tradición del primer judaísmo el séptimo día de la creación Dios descansó y en su descanso no podía sino el Mesías asumir el Gobierno del mundo.

Aunque la denominación de este tipo de fenómenos haga referencia al cardinal mil, períodos de tiempo que los justifican no establecen una relación de forma unívoca. El mesianismo judío contempló mil, cuarenta y hasta cuatrocientos años. Además tampoco ha habido unanimidad sobre cuál era el momento en que se debía comenzar a contar. Fijándonos sólo en los milenarismos cristianos, nos encontramos con unos que inician el cómputo en la creación mientras otros lo hacen en el fin de la persecución del cristianismo. Incluso reduciéndolo a los que opinaron que la cuenta debía comenzar en Jesús de Nazaret unos lo hicieron desde su nacimiento, otros desde el bautismo y muchos desde la resurrección. Aunque todos los períodos estaban justificados siempre tuvieron réplicas con las que se pretendía no tanto refutar la cifra, como el contenido milenarista de quienes la proponían. Por esta razón, en ocasiones se realizaban complicados cálculos, tanto en un sentido como en otro. Baste decir que se llegó a establecer el nacimiento de Cristo en el año 5500 de la creación.

La conclusión es que los períodos acaban por ser establecidos libremente como consecuencia de que se pretende, más que guardar fidelidad a los textos, dar sentido a las interpretaciones.

(3) Schillebeeckx, E. en *Cristo y los cristianos, gracia y liberación*, aunque no es su objetivo analizar el milenarismo, en el capítulo «La visión de un mundo nuevo» en las pp. 445 a 451 hace una excelente explicación desde la teología cristiana de este tipo de fenómenos.

En otras tradiciones ocurre algo semejante. Así, en algunos ámbitos del mundo musulmán periódicamente cobra fuerza la creencia de la llegada de un Mahdi (un bien guiado), con la finalidad de salvar al mundo. Sin existir tampoco unanimidad sobre la fecha, se ha llegado a precisar que hará su aparición a los 1.400 años de la muerte del profeta Mahoma.

Las razones de la existencia de los milenarismos hay que buscarlas con independencia tanto de las cifras como de religiones concretas.

### Dónde encontrar las causas de estos movimientos

**E**L denominador común de todos los fenómenos milenaristas es la existencia de un profundo sentimiento religioso junto con una situación de sufrimiento. A la sombra de la religión un grupo de fieles suele iniciar una reflexión crítica sobre la forma en que se está desarrollando su existencia y, tras ésta, concluyen en la necesidad de buscar una vida mejor, que siempre está en coherencia con los principios religiosos en que creen.

Con frecuencia los movimientos milenaristas se pueden encontrar cuando una sociedad (pueblo) atraviesa un tiempo de transformación profunda de valores religiosos, sociales, políticos o culturales. También suelen aflorar cuando se vive en una situación de opresión, de penuria o marginación, debida bien a un sector «privilegiado» de su misma sociedad o bien a su dominación por otro pueblo.

La esperanza de que pronto llegaría un mesías salvador para el pueblo de Israel se puede seguir desde el cautiverio en Babilonia y se extendió durante el sucesivo dominio de Persia, Grecia, Roma y posteriormente durante la diáspora. A Jesús de Nazaret le rechazaban aquellos que esperaban la llegada de un mesías libertador de la opresión de los romanos. Había sido precedido por muchos y le siguieron muchos más que iniciaron movimientos sociales puramente mesiánicos. En el año 52 se hizo presente en Jerusalén un nuevo mesías que formó un ejército e intentó violentamente la restauración del pueblo de Israel. Más tarde, en el año 132 Bar Kochva, reconocido por algunos como mesías, encabezó una rebelión que duró más de tres años. También en distintos puntos de Europa, donde había comunidades de judíos, surgieron de nuevo mesías

libertadores. El último gran movimiento fue el de Sabbatai Zevi en 1666, del que aún en el siglo XX una secta de judíos turcos espera su vuelta.

En Europa durante la Edad Media se extendió la «Leyenda del Emperador de los Últimos Días», que aseguraba la existencia de un Emperador que inauguraría un reinado antesala del de Cristo en su segunda venida. Por el deseo de que éste se produjese, el período inicial de mil años no se respetó y creyeron que el cambio se produciría cuando la sociedad se hubiese apartado de los principios evangélicos. Así, aquellos que deseaban una rápida modificación de la situación que estaban viviendo, encontraron razones para decir que los valores ya se habían perdido y que la llegada del Emperador para restaurarlos era inminente. Si la necesidad hizo que no se tuviesen en cuenta los períodos de mil años, también motivó que no se acabase por considerar con claridad quién era el instaurador del reinado en el que prevalecería la justicia. La figura del Emperador y la de Cristo acabaron por mezclarse para destacar sólo que la situación en que se vivía era insoportable y que llegaría un Emperador/Cristo salvador en auxilio de quienes permanecían fieles a los valores cristianos.

La facilidad con que se extendió en Europa la creencia de que llegaría un Emperador a transformar el mundo no sólo estuvo motivada por las condiciones específicas de las sociedades en que se aceptó la leyenda, sino también por la asunción de una concepción dinámica de la historia de la humanidad. La alternativa a una concepción cerrada del mundo, en que el único combate se establecía entre el mundo material y el espiritual, llegó de la mano del abad de Fiore en el siglo XIII. Joaquín de Fiore, como señala Evangelista Vilanova (4), superó la teoría transmitida por San Agustín del *senescens saeculum* o *senectus mundi* y propuso una lectura revolucionaria del evangelio que fue rechazada por los censores del Papa Alejandro IV en 1255. Joaquín de Fiore presentó un concepto evolutivo de la historia de la humanidad la cual se relacionaba con el misterio trinitario. Señaló la existencia de tres edades: la del Padre, caracterizada por la ley y que terminaba con la llegada de Jesucristo. Con éste se inauguraba la edad del Hijo, cuya característica era la del evangelio, y por último la edad del Espíritu en donde se vivirían plenamente los valores cristianos. Convencidos de que esta etapa estaba aún por llegar continuó

(4) Vilanova, Evangelista: *Los Espirituales de la Edad Media*, Fundación Sta. María, 1994, p. 22-30.

esperándose en los siglos posteriores para completar de una forma armónica y liberadora el sentido de la humanidad. Las corrientes milenaristas cristianas posteriores justificaron a partir de la interpretación joaquinista su espera del quiliasmo. La obra de Berndt Rothmann *Restitución de la justa doctrina de la fe y vida cristiana*, completada dos meses más tarde con *Anuncio de Venganza*, que sirvió para animar en el siglo XVI a los anabaptistas de Münster, guarda una asombrosa similitud con los principios del abad de Fiore. Rothmann volvió a presentar las tres edades: edad del Pecado que se extendió hasta el diluvio universal; edad de la Persecución y Cruz que llegaba hasta sus días y por último la de la Venganza y Triunfo de los Santos que era la que ellos esperaban inaugurar.

La confianza en la pronta llegada de un salvador o una fuerza redentora, que iniciase un tiempo nuevo con el que se pudiese fin a la situación en la que se veían obligados a vivir, ha sido constante en todos los pueblos que sufren. En Europa, recordando la leyenda del Emperador de los Últimos Días, encontramos, entre otros, a un rey, D. Sebastián en Portugal, del que se esperaba que inaugurase la última monarquía antes del Juicio Final. Aunque la leyenda llega hasta el siglo XX, su mayor auge lo tuvo bajo la dominación española de Portugal y se fundamentaba en que el joven rey no había muerto en África sino que estaba tan sólo cautivo. Lo mismo ocurrió con la ocupación de Flandes y el Henao por la corona francesa: la situación motivó que se resucitase, en la figura de un ermitaño, al rey Balduino IX que murió en la IV Cruzada. En Rusia, entre otros, nos encontramos con los falsos Dimitri que se presentaron sucesivamente como legítimos herederos del último zar Kalita muerto en 1598. Constituyen una respuesta al vacío de poder, a las incertidumbres y a las penosas condiciones de vida de gran parte del campesinado. Lo mismo ocurrió siglos más tarde, en el XVIII, cuando aparecieron los falsos Pedros. El deseo de cambio era tal que uno de los muchos que surgieron se presentaba como Jesucristo y el zar Pedro III a la vez.

El tránsito a la Edad Moderna estuvo, sobre todo en el Norte de Europa, lleno de transformaciones económicas y sociales. Además se inició una profunda crisis religiosa que tiene como paradigma a Juan Hus con el que la interpretación pública de los contenidos religiosos produjo no sólo un acercamiento de éstos al pueblo por el uso del checo sino por la puesta en cuestión de otros asuntos terrenales que les afectaban directamente, hasta tal punto que llegaron a cuestionarse los fundamentos de

autoridad (5). Aquellas revisiones de los principios religiosos acabaron por provocar la ruptura territorial de la Iglesia y terminaron un siglo más tarde por desencadenar una auténtica revolución teológica. Ésta sustentó gran parte de las confrontaciones de carácter social en Alemania (6), que se manifestaron con radicalidad poco después de la inestabilidad provocada a causa de la lucha por la elección imperial de 1519. El resultado fue que todo parecía estar orientado a poner en tela de juicio principios que parecían inamovibles. Ello contribuyó a aumentar de una forma importante la inseguridad de una sociedad que estaba abandonando las costumbres tradicionales al mismo tiempo que sufría la circulación de metales preciosos y los efectos de una actividad económica que, iniciada siglos antes en las ciudades, afectaba de distinta forma a las comunidades campesinas. Estas condiciones entremezcladas con levantamientos campesinos propiciaron el desarrollo de creencias milenaristas que tuvieron una de sus máximas expresiones en el establecimiento de una Jerusalén Celeste en la ciudad de Münster a partir de 1534. Experiencia ésta que constituye una de las más significativas de cuantas han tenido lugar en Europa.

En la Edad Contemporánea el rechazo a las transformaciones sociales provocó el nacimiento de algunos movimientos que esperaban que se produjera de forma inmediata el fin del mundo. Así, la primera revolución industrial transformó costumbres y acrecentó la dureza de las condiciones de vida y de trabajo en los centros fabriles. El movimiento Sacker, capitaneado por una obrera de Manchester, constituye un claro ejemplo del rechazo a nuevas formas de vida. El siglo XIX también estuvo cargado de movimientos que esperaban el fin de los tiempos en un claro deseo de huir de las transformaciones políticas que se estaban produciendo. Las Milicias del Espíritu Santo, que seguían a David Lazaretti, rechazaban la construcción del Estado Italiano tras su unificación y creían que con sus acciones pacíficas iban definitivamente a deshacerse de él.

Fuera de Europa y en otras religiones encontramos también movimientos milenaristas motivados por el deseo de abandonar la situación en la que se estaba desarrollando su existencia. Las comunidades indias de

(5) Juan Hus siguió la idea del pensador John Wiclef «Nullus est dominus civilis, nullus est prelatas, nullus est episcopus, dum est in peccato mortali». Macek, Josep: *La Revolución Husita*. Siglo XXI, 1975, p. 60.

(6) La crisis de la sociedad subsiguiente al movimiento reformista alcanzó su cenit con la Guerra de los campesinos, 1524-1526. Ver Lutz Heinrich: *Reforma y Contrarreforma*, Alianza Universidad, 1992, p. 71 y ss.

América del Norte han generado numerosos ejemplos de milenarismo. Sin importar la religión concreta, pese a que la Ghost Dance fue la más significativa y dio pie a numerosos cultos afines esparcidos por grandes zonas geográficas, todas esperaban que se transformase su forma de vida incomodada por la presencia de los colonos blancos. Las comunidades indias fueron a la fuerza modificando sus costumbres: de ser pueblos cazadores se vieron obligados a ser agricultores y por tanto sedentarios; luego se les cambió la enseñanza, los matrimonios, la herencia, en 1887 se abolió la propiedad tribal de la tierra que constituía un elemento de cohesión de los pueblos. Aunque en las reservas se dieron muchas corrientes religiosas, todas sirvieron para intentar mantener su propia cultura y evitar la degradación personal de sus fieles. Pero además con frecuencia sirvieron para mantener la esperanza de que pronto llegaría el fin del período histórico en que vivían y alcanzarían una nueva forma de vida en la que de los blancos «no quedarían ni las cenizas».

La lucha contra el dominio del colonizador apoyada en creencias religiosas de liberación ha constituido un fenómeno frecuentísimo en todos los tiempos, continentes y culturas.

En Oceanía se conocen también movimientos milenaristas provocados por la indefensión ante otra cultura que se demostraba más poderosa. Estos movimientos, que se producen hasta nuestros días, con frecuencia se orientaron contra los plantadores, misioneros y blancos, aunque hay que extenderlo a extranjeros en general, como se pudo comprobar durante la Segunda Guerra Mundial, lo que nos permite concluir que es sobre todo contra aquellos que los dominan.

En el continente africano encontramos creencias semejantes que motivaron movimientos de protesta contra los colonizadores, que tuvieron que sufrirlos y reprimirlos cuando pudieron. En muchos casos llegaron a alcanzar todas las características que los definen como milenaristas y en todas las ocasiones sirvieron para congregarse a los aborígenes en torno a unas creencias que justificaban el enfrentamiento y les permitían confiar en el triunfo. Uno entre los numerosos levantamientos con caracteres milenaristas y fundamentado en la tradición islámica del madhismo fue el ocurrido en el Sudán en 1885. El movimiento dirigido por Muhámmad Ahmad se orientó contra los extranjeros y tuvo como consecuencia que las tropas anglo-egipcias tuvieron que abandonar Khartum.

Aunque no lo podemos considerar como un movimiento estrictamente milenarista, el levantamiento Taiping (1850-64), que logró triunfar



en el centro y sur de China, se identificó milenariamente como el Reino de Dios o Nuevo Paraíso. Las causas que lo provocaron se encuentran en el despotismo de la dinastía Manchú y en la consolidación de la presencia extranjera a partir del Tratado de Nankin.

En todos los casos los grupos que viven esa situación de inseguridad, por los cambios producidos o bien la dominación de otros, encuentran en la fundamentación religiosa, por la inexistencia de alternativas exclusivamente sociales, la única posibilidad para abandonar las condiciones en las que viven. Uno de los muchos ejemplos puede ser el de los campesinos alemanes, que al socaire de la Reforma manifestaban la igualdad de los hijos de Dios y justificaban su libertad, junto con otras exigencias, porque Jesucristo lo había hecho con toda la humanidad (7). De esta forma la religión ha servido para proporcionar la esperanza de futuro cambio al tiempo que de vehículo para luchar contra la injusticia, la opresión y la pobreza.

## El bien se enfrenta al mal

LA existencia de unos que sufren y otros que oprimen nos proporciona una característica de todos los movimientos milenaristas: la lucha del bien contra el mal. En todas las religiones y en todas las épocas los estallidos milenaristas coinciden con el final de una lucha en la que se confía que se alcen con el triunfo los representantes del bien. Éstos no son otros más que los que sufren y lo hacen en gran medida porque son fieles observantes de las normas religiosas.

El Apocalipsis (19, 11 ss y 20, 7 ss) nos presenta dos combates escatológicos del primero: la Bestia y el falso profeta son arrojados al lago que arde con azufre y los seguidores, exterminados. El resultado es la primera resurrección, *anastasis*, tiempo de tranquilidad ya que está encadenado Satanás. Éste, sin que se explique por qué, será puesto en libertad pasados mil años y seducirá, recuperando del profeta Ezequiel a los enemigos de Yahveh, a Gog y Magog que representan príncipes y naciones, las fuerzas terrenas del mal que serán definitivamente vencidas dando paso al juicio final de toda la humanidad.

(7) En el último de los doce artículos de Memmingen se indicaba que aquellas peticiones que estuviesen en oposición con lo contenido en las Sagradas Escrituras las retirarían.

La leyenda del Emperador de los Últimos Días, que sin duda tiene su origen en el texto de San Juan, aunque perdió la fidelidad a los períodos que debían sucederse, mantiene la lucha del bien contra el mal. El Emperador o Cristo mismo llega a aplastar el reinado del mal, al que comúnmente se denominará el Anticristo. El convencimiento de que éste está reinando se encuentra en la raíz de todo movimiento milenarista.

La tradición islámica del mahdismo guarda un parecido asombroso con la leyenda del Emperador. El Mahdi volverá para acabar con las fuerzas del mal, el Dajjal, y tras su triunfo se instaurará un reino de justicia conforme a los preceptos islámicos. La llegada del Mahdi salvador, que constituiría el día del juicio, estaría precedida de una vida de confusión y desorden.

En Oceanía, en la isla Saibai, en 1913 estalló un movimiento milenarista en el que, por mantenerse fieles a los deseos de la divinidad, los indígenas esperaban triunfar. Creían, a diferencia de los hombres blancos que se apropiaban de cuanto podían, que Dios les había concedido las riquezas para todos. Para ellos los blancos, al rechazar las normas superiores, representaban el mal y para luchar contra él desarrollaron ritos religiosos. La desaparición del mal de sus vidas implicaba forzosamente la de los extranjeros de su tierra.

En las comunidades indias de América del Norte encontramos el mismo esquema: el bien que representan los indios y el mal que está representado en los blancos. El sincretismo religioso originado por la fuerza de la colonización llegó a que justificasen que los blancos eran tan malos que, habiéndoles enviado Dios a su Hijo Jesucristo, lo mataron. Por esta misma razón esperaban la vuelta del Hijo de Dios para salvar sólo a los indios.

David Lazaretti interpretó como signo del fin del reinado del Anticristo la muerte del Papa Pío IX y del rey Víctor Manuel. Aquel año de 1878, absolutamente convencido de que se iba a inaugurar un período nuevo, envió a sus milicias a establecer la república de Dios.

El final de la historia de la humanidad es el triunfo del bien, pero ¿cómo va a triunfar ese bien representado precisamente en los que sufren porque otros les oprimen? Estar convencidos de que la victoria será suya desde una reserva, desde la ocupación militar, desde la colonización, desde la pobreza o desde la desestructuración motivada por los cambios profundos en una sociedad, sería imposible sin contar con el auxilio de las fuerzas sobrenaturales. La creencia absoluta de su incorporación cons-

tituye la garantía del triunfo final, y sólo así se puede entender que apenas sin medios materiales y humanos inicien una lucha para desterrar al mal o hacerle frente cuando les persiga. Por ello cuando cristaliza un movimiento milenarista suele terminar en violencia.

La violencia no estaba al margen de las acciones de la divinidad. Un repaso por los profetas de Israel nos demuestra de qué forma iban a quedar sus enemigos cuando Dios descargase su ira contra ellos. De los mesías judíos se esperaba que violentamente liberasen al pueblo y precisamente ésta fue una de las causas por las que muchos justificaban no reconocer como tal a Jesús de Nazaret. Lo mismo ocurrió con los milenarismos de origen cristiano, en los que la figura del Cristo que vuelve representa la fuerza sobrenatural al servicio de los que sufren. Además a lo largo de la historia europea, como señala Isaura Pereira de Queiroz (8), se ha presentado a Cristo como guerrero, ya que se cree que va a llegar para imponerse violentamente. La identificación de Cristo con el Emperador de los Últimos Días o con los reyes «libertadores» que se cree que han resucitado fue extraordinariamente frecuente.

La violencia contra el mal propiciada por la fuerza sobrenatural que auxilia a los defensores del bien se repite en otras culturas. Unas veces mezcladas con un héroe civilizador, otras con las fuerzas de la naturaleza que provocarán el cataclismo o frecuentemente con los antepasados que volverán en su ayuda, con lo que la victoria estaba también asegurada.

El mal son los que no han atendido a razones, no ha habido manera de convencerlos para que cambiaran de actitud y por eso el único camino es obligarles por la fuerza. Además la intervención sobrenatural, que aplica la violencia, es efectiva y nadie puede anteponerse a ella. Así, irremediablemente, una vez actúa, los seguidores del bien tienen asegurada la victoria.

## **El triunfo sobre el mal tiene como fin la felicidad material**

**E**L triunfo del bien sobre el mal permitirá un futuro mejor. Una nueva vida en la que hayan desaparecido las

(8) Pereira de Queiroz, M.ª Isaura: *Historia y Etimología de los movimientos mesiánicos*, Siglo XXI, 1978, p. 47.

causas que hemos señalado como motivadoras de los movimientos milenaristas. El resultado será un bienestar material, una «salvación» terrenal.

La creación de comunidades bautizadas como «Nueva Jerusalén», que encuentra su origen en los textos de algunos profetas y más tarde en el Apocalipsis, se llevó a cabo como imagen de lo que debía de acabar por ser la vida futura: una Jerusalén celeste. Sin importar el siglo ni el continente, se encuentran con facilidad allí donde ha llegado la doctrina cristiana. Su fundación ha estado tan enraizada en la mentalidad popular que sin tan siquiera proponérselo las hace surgir en medio de la desolación. Un ejemplo de ello lo constituye el movimiento desarrollado en la provincia de Santa Catalina (Brasil) a principio de siglo y que se conoce como el «del segundo fraile». Su origen se encuentra en la desaparición de un sacerdote muy popular, Joao María, que atendía a grupos indios, huidos de la represión desatada en los últimos años del siglo XIX, y también a trabajadores desplazados para la construcción del ferrocarril. Pasado un tiempo de su desaparición llegó otro sacerdote al que unos tomaron por Joao María otros por un hermano o pariente y al final todos se pusieron de acuerdo y le llamaron «el segundo fraile». Con éste, la religiosidad de esa heterogénea y sufrida población tomó rasgos milenaristas y fundaron la Ciudad Santa de Taquaraçú.

Más significativa fue la creación de una Jerusalén Celeste en la ciudad de Münster. Allí los seguidores de Melchor de Hoffman (9) constituyeron una corriente dentro del anabaptismo y pretendieron crear un paraíso terrenal, antesala del de Cristo cuya llegada esperaban hacia 1533, decimoquinto aniversario de su muerte. Los melchoristas tras lograr el gobierno de la ciudad fueron admitiendo familias anabaptistas y terminaron, primero bajo la dirección de Jan Matthys y más tarde de Jan von Leyden, por gobernar según los preceptos evangélicos. Las reformas sociales que impusieron fueron tan radicales que se las ha llegado a calificar como experiencias anarquistas. Los monasterios se convirtieron en lugares de acogida de extranjeros o tuvieron una función asistencial. Se crearon comedores públicos y gratuitos, se organizaron almacenes comunes y, aunque con fines de propaganda, se acuñó una moneda con versículos bíblicos, se abolió el dinero. Se llegó a prohibir que se cerrasen las puertas de las casas para hacer patente con ello tanto el deber de dar acogida

(9) Melchor de Hoffman fue sucesor de los profetas errantes de la Edad Media, predicaba la segunda llegada de Cristo y en 1529 se unió a los anabaptistas. Norman Cohn, *op. cit.*, p. 257.

como el valor cristiano del compartir. Y se invitó a otras ciudades a que copiasen la experiencia de Münster en donde decían que la expresión «lo mío y lo tuyo» había dejado de tener sentido. En los milenarismos cristianos se pretendía crear una organización social semejante a la que establecería Cristo en su segunda venida. Un mundo de felicidad en la que los aspectos materiales tenían una gran importancia, tanta que podríamos decir que sería algo así como la vuelta a un nuevo «paraíso terrenal», donde todo sería perfecto.

La transformación total del mundo hasta alcanzar una vida en perfección es denominador común con movimientos milenaristas de otras culturas. Los Guaraníes esperan llegar a la «Tierra sin mal» donde no tendrían que trabajar ya que de la tierra surgirían todos los productos que necesitaban para alimentarse e incluso obtendrían caza sin tan siquiera disparar las flechas. Además de tener satisfechas las necesidades materiales, desaparecerían las enfermedades y los defectos físicos siendo todos perfectos, según sus criterios estéticos. En las comunidades indias de América del Norte esperaban la transformación total del mundo y en su misma tierra, desaparecido el mal, la vida sería perfecta. El profeta Wowoka anunciaba que una vez el viento se hubiese llevado a los blancos (el mal) las propiedades quedarían para los indios, la pobreza desaparecería y se iniciaría una vida, eterna, sin enfermedades.

En Melanesia los llamados «cultos de las mercancías o cultos cargo» constituyen una singular forma de obtener la felicidad material a través de la acción de los antepasados. Éstos llegarán cargados de productos para quienes esperan fielmente su regreso con lo que satisfarán sus necesidades materiales.

La presencia de extranjeros modificó el cargamento de los antepasados pues, junto a los alimentos, esperaban todos aquellos productos que veían que descargaban los barcos para los blancos que los dominaban. Así, el contenido de los cargamentos fue ampliándose: primero se hizo a las navajas o zapatos hasta llegar a nuestros días esperando una radio o una motocicleta. Creyeron que el hombre blanco estaba en contacto con los antepasados además de por su posible común origen ultramarino, por el color de su piel, el blanco era el color del luto, lo que aseguraba por lo menos una relación con los difuntos. La certeza sobre el color de los antepasados cambió durante la Segunda Guerra Mundial ya que la liberación del dominio japonés les llegó de manos americanas en las que una gran parte del contingente lo constituían hombres de color. Desde enton-

ces se empezó a pensar que los antepasados también podían tener la piel negra. La llegada del barco cargado de mercancías también evolucionó: de la vela se pasó a pensar que era mejor el vapor o incluso las lanchas, como las utilizadas durante la guerra, y al final se ha acabado por ampliar al avión como el mejor medio con el que los antepasados pueden volver cargados de bienes. Marvin Harris (10) cita varios ejemplos contemporáneos de este tipo de movimientos en los que dice que con la llegada del cargo esperan que se dé paso al «inicio del cielo en la tierra». Uno de ellos, en Nuevas Hébridas, es el que recibe el nombre de John Frum, soldado americano del que durante la Segunda Gran Guerra Mundial los indígenas decían que era el rey de América. En todos los cargos se esperan los productos americanos traídos por John Frum, y cita Harris que en 1970 un jefe local afirmaba que, si la gente lleva esperando 2.000 años la vuelta de Jesucristo, nosotros podemos seguir esperando la de John Frum.

### Al nuevo paraíso se va y llega en grupo

LOS que se mantienen fieles a sus creencias religiosas y trabajan activamente para lograr con la ayuda sobrenatural aniquilar el mal esperan que al alcanzar su objetivo se llegue a la nueva tierra o la nueva sociedad. Por ello, sin que pueda producirse de otra manera, a la vida feliz van a llegar todos juntos. De esta forma los movimientos milenaristas no acaban en un premio individual sino en uno colectivo. Quienes se consideran los justos de hoy serán los mismos que, sin pérdida de tiempo, disfruten mañana, creencia que favorece a la vez la incorporación incondicional de personas a la corriente milenarista.

Por eso los mártires son aquellos que lo están siendo en ese instante. En los milenarismos cristianos para los mártires de otros tiempos ya llegará el juicio final en el que serán recompensados. Este aspecto encontró de nuevo su justificación en los textos de San Juan al asumirlos literalmente. El Apocalipsis 20, 5 indica que los demás muertos no revivieron hasta que acabaron los mil años, lo que la teología dogmática, como señala

(10) Harris, Marcín: *Vacas, Cerdos, Guerras y Brujas* (Los enigmas de la cultura), Alianza Editorial, 1991, pág. 121 y ss.

Schillebeeckx (11), explica como la visión directa de Dios que tienen los mártires antes de la resurrección universal.

En casi todas las experiencias el grupo de fieles que participa del movimiento comienza a disfrutar de un mejor bienestar material desde el momento en que inicia sus actividades para transformar el mundo. Se organizan de forma distinta, con un nuevo modelo social semejante al que esperan se imponga para toda la tierra tras la intervención sobrenatural. La experiencia de Münster en 1534 o la de los penitentes del monte Labro de Lazaretti en 1870 e incluso la Ciudad Santa de Taqueraçú son ejemplos de otras muchas en las que simplemente por el hecho de constituirse se convierten en el núcleo urbano que recoge a sus fieles diseminados por la zona, frecuentemente pobres, donde de distintas formas se atiende a los más necesitados y en donde todos en general mejoran su nivel de vida.

En otras culturas antes del triunfo también se va a lograr mejorar las condiciones de vida. A las normas que evitaban la desestructuración de los individuos hay que añadir el fin de las luchas intertribales en los continentes donde se producían. La solidaridad religiosa se simboliza en el frecuente tratamiento de «hermanos» y la vivencia de una experiencia común que los unifica y que pierde su sentido si se convierte en individual. Incluso en los movimientos guaraníes que buscan la «Tierra sin Mal», que implica abandonar su población y esperar que una fuerza de los antepasados los conduzca a una tierra paradisíaca, inician un camino común para llegar de igual forma a la meta. En estos y todos aquellos milenarismos que esperan la intervención de la divinidad por la ejecución a la perfección de algún ritual, un error en alguno de los que participa comporta el fracaso del grupo en su invocación a las fuerzas sobrenaturales.

Los movimientos milenaristas son una constante en la historia de una humanidad en la que siempre hay algún grupo descontento con la realidad que vive y que se encuentra impotente para cambiarla con sus propias fuerzas. Los milenaristas miran al cielo al tiempo que se aplican con celo a provocar el cambio y lo hacen con ahínco, como lo pueden hacer otros movimientos con una alternativa a los valores predominantes, a las instituciones y a la distribución de los bienes escasos. Hoy existen, o al menos se conocen, los medios exclusivamente terrenales para propiciar

(11) Schillebeeckx, E.: *op. cit.*, p. 446.

un cambio social, pero de nuevo nos encontramos ante la falta de modelos innovadores capaces de ilusionar vitalmente a los hombres. La ausencia de horizontes precisos se convierten en tiempo propicio para confiar en la intervención de fuerzas que superen las limitaciones humanas. La prolija oferta espiritual que se mueve en todas direcciones constituye una expresión más de ese deseo de búsqueda en tiempo de crisis. Y fácilmente algunos de estos llamados nuevos movimientos religiosos se convierten en el soporte de nuevas experiencias milenaristas.